

Ejército e Iglesia Fantasmas del Pasado

FOR LORENZO MEYER

EL sábado pasado, el delegado apostólico, Girolamo Prigione, respondiendo una pregunta declaró que no se vislumbra en el futuro de México la posibilidad de una dirección política ejercida ni por la Iglesia ni por el ejército. Dada su investidura y experiencia, es justo suponer que monseñor Prigione sabe de lo que habla. Que Dios lo oiga.

La historia política del México independiente, hasta los primeros decenios de este siglo, está irremediablemente marcada por la violenta confrontación entre el poder espiritual y el temporal, entre el militarismo y el civilismo. Si México ha tenido el sistema político más estable de América Latina en este siglo —lo que no necesariamente significa que haya sido el mejor ni mucho menos— es quizá debido, entre otras cosas, al hecho de que tanto la Iglesia como el ejército se han subordinado, de grado o por fuerza, al poder civil.

A partir del fin del movimiento cristero, la Iglesia quedó marginada —aunque no eliminada— del proceso político sustantivo. Desde entonces y hasta ahora sólo se moviliza esporádicamente para fines políticos, y lo hace más como un poder de veto que como un actor con iniciativas propias.

★

EL papel político de nuestro ejército actual ha sido poco discutido y menos estudiado. Los pocos análisis que hay en este campo son, en buena medida, históricos. El estudio sobre los militares mexicanos contrasta notablemente con aquéllos sobre América del Sur. Todo aquel que es alguien entre los científicos sociales que estudian los procesos políticos y sociales al sur del Suchiate ha escrito algo sobre los temibles ejércitos latinoamericanos. Al ejército mexicano, en cambio, le gusta la discreción en grado obsesivo. Quizá sea hora de mostrarse más abierto.

Es muy difícil saber lo que realmente piensan actualmente los jefes y generales de nuestro ejército en relación a su papel político, aunque siempre es grato escuchar su rutinaria profesión de lealtad a las instituciones democráticas.

El ejército profesional mexicano intentó entre 1913 y 1914 una solución directa a los complejos problemas políticos nacionales de esa época; simplemente trató de militarizar todo lo militarizable

SIGUE EN LA PAGINA DIEZ

Ejército e Iglesia

Sigue de la página seis

de la sociedad civil —los ferrocarriles, las escuelas, la universidad, el propio gabinete; incluso se intentó dar instrucción militar a los obreros fabriles, etc. Fracaso de manera rápida y rotunda. El ejército que le sucedió —el de la Revolución— partió casi de cero, sin tradición. Por un buen tiempo este ejército fue el factor central de nuestra vida política, pero aprendió de los errores pasados y ya no intentó la solución militar del problema político. Cuando finalmente se profesionalizó —la Segunda Guerra Mundial ayudó mucho a este proceso— aceptó retirarse a las márgenes del sistema político, pero sin salirse. Desde luego que ha seguido habiendo gobernadores que salen del ejército —su actuación no ha sido particularmente brillante— lo mismo que legisladores e incluso presidentes del partido oficial, pero no más.

★

ES muy posible que al militar profesional mexicano le disguste la corrupción de nuestros gobernantes civiles así como sus muy frecuentes irresponsabilidades. Pero si ese militar reflexiona un poco, es probable que se convenza de que la alternativa militar a nuestro defectuoso gobierno civil puede ser peor, sobre todo en tiempo de crisis económica. Será suficiente para convencerse que eche una ojeada al sur. Es seguro que el caso argentino tendrá en él un efecto pedagógico muy fuerte, lo mismo que los casos de Chile, Brasil y Uruguay... etc. Ninguna de las élites militares que han tomado el poder en esos países pudo resolver el problema político o económico, al contrario, lo complicó más. Para empezar, los militares sudamericanos no lograron éxito como administradores eficientes, tampoco como defensores de la soberanía (se abrieron a la inversión extranjera y a la dependencia peor que nosotros y su deuda externa es, en términos relativos, como la nuestra), su brutalidad ahondó las divisiones políticas internas en vez de cerrarlas. Finalmente, y gracias a los argentinos, se pudo comprobar que como militares tampoco resultaron particularmente aptos. Más tarde o más temprano, los militares latinoamericanos se reirán a sus cuarteles dejando una situación económica y política igual o peor de la que encontraron pero, eso sí, con la moral interna muy baja y con un prestigio social muy debilitado. Es obvio que, pese a todo, los mejores ejércitos —el estadounidense, el soviético, el vietnamita o el suizo, por citar ejemplos variados— se dan en sociedades con gobierno civil.

Desde un punto de vista estrictamente corporativo, pero también desde aquel de la sociedad en general, y en comparación con lo sucedido en los últimos veinte años en otros países de nuestra sufrida América Latina, el ejército mexicano se resultará ser muy sabio justamente por ser poco ambicioso y mantenerse dentro del ámbito que marca la Constitución. Ojalá la Iglesia siguiera su ejemplo, fuera igualmente "profesional" y cediera menos a la tentación política. Todos, o casi todos, los mexicanos deberíamos desear que monseñor Prigione tenga boca de profeta por lo que a ejército e Iglesia toca y no oigan al diablo de la política militante.